

# Violencia, sobreexplotación y expropiación de saberes socialmente productivos en niñas y niños jornaleros agrícolas migrantes

Claudia Madrid Serrano

En este trabajo se analiza la violencia de grupos del crimen organizado –que cobra la vida de trabajadores jornaleros, cuyos casos se relatan en la primera parte del artículo– como un hecho que se superpone a la violencia de la sobreexplotación que viven niñas y niños migrantes como trabajadores agrícolas y que intento mostrar desde la óptica de la expropiación de los saberes socialmente productivos (Puigross y Gagliano, 2004); saberes que modifican a los sujetos enseñándolos a transformar la naturaleza y la cultura, creando tejido social (Ayuso, 2006); que niñas y niños poseen y que en su construcción como jornaleros los objetiviza, despojándolos de su despliegue humano, al conferirles sentido de vida únicamente como fuerza de trabajo agrícola de corta duración, pues si bien su incursión laboral es a edades tempranas, el desgaste que sufren en las duras condiciones de trabajo y la precariedad de su reproducción material, disminuye sustancialmente sus capacidades vitales y productivas y en consecuencia, su fortaleza. Tal como afirma Segato (2013), no podemos comprender la violencia como dispersa, mediatizada, en algunos casos, como esporádica, más bien como una violencia fundamental (Echeverría, 1998).

Palabras clave: violencia, infancia migrante trabajadora, saberes socialmente producidos, sobreexplotación, expropiación.

## VIOLENCE, OVER-EXPLOITATION AND EXPROPRIATION OF SOCIALLY PRODUCTIVE KNOWLEDGE IN CHILDREN FARM MIGRANT LABORERS

The present work analyses violence of racketeering groups –Which claims the lives of daily laborers, whose cases are reported in the first part of the article– as a fact that overlaps the violence of exploitation that migrant children live. I am trying to show this violence from the perspective of the expropriation of socially productive knowledge (Puigross y Gagliano, 2004); knowledge that modifies individuals by teaching them to transform nature and culture and then creating social networks (Ayuso, 2006); but their jobs as laborers objectifies them, divesting them of their human sense to confer them meaning of life only as agricultural short term workforce. Not only their incursion to laboral life is at early age, but attrition suffered by

them in harsh working conditions and precariousness of material reproduction, substantially decrease their vital and productive capacities and therefore their strength. As Segato (2013) affirms, we cannot comprehend the violence as dispersed, mediated in some cases, or sporadic, but as fundamental violence (Echeverría, 1998).

Key words: violence, children migrant laborers, socially productive knowledge, overexploitation, expropriation.

## INTRODUCCIÓN

Durante mayo de 2012 a marzo de 2015 realizamos, en conjunto con estudiantes de la Universidad de la Ciénega del Estado de Michoacán de Ocampo, dos proyectos de investigación con niñas y niños jornaleros, migrantes e indígenas en la localidad de Yurécuaro, Michoacán;<sup>1</sup> la información que aquí se recupera no formaba parte central de los objetivos de la investigación, pero los asesinatos, toques de queda “informales” y los patrullajes constantes de hombres armados, que ocurren en Michoacán al igual que en otros muchos estados del país, hizo inevitable documentar estos casos que conocimos de cerca durante el tiempo que duró el trabajo de campo.

Por otro lado, la necesidad de comprender qué dispositivos hacen posible y sostienen estas condiciones no sólo como un ejercicio académico, sino también político y vital, pues su ocurrencia no es ni está siendo “hacia los otros”, más bien porque es a nosotros como colectivo a quien va dirigida, no sólo como parte de una violencia fundante del capitalismo, privatizadora, y que se asienta en una sociedad profundamente dividida –explotados y explotadores– sino también como elemento mediatizador que apunta a la destrucción de la cohesión social y a la despolitización de la población (Echeverría, 1998; Segato, 2013).

<sup>1</sup> Los resultados del primer proyecto se integran en el texto “Derechos, construcción ciudadana y prácticas educativas con niñas y niños trabajadores y migrantes en Yurécuaro, Michoacán. Experiencias receptorales” (en proceso de dictaminación por la Universidad de La Ciénega del Estado de Michoacán de Ocampo); los resultados del segundo proyecto se integran en otro texto en proceso. La investigación de ambos proyectos fue de corte etnográfico. En el primer proyecto se realizó además intervención educativa bajo la metodología de investigación-acción; el segundo proyecto supuso también metodologías participativas con niñas y niños a partir de narrativa, dibujo, videos, modelado en arcilla.

Entre el drama que nos significan las muertes de mujeres, jóvenes, luchadores sociales, etcétera, se encuentra el de la sobrevivencia económica y social de una gran parte de la población trabajadora, que adquiere mayor crudeza precisamente entre las familias de jornaleros migrantes. Sus niñas y niños igual mueren por accidentes domésticos que por falta de atención médica oportuna; viven en condiciones de hacinamiento, trabajan largas jornadas y tienen una alimentación precaria.

En consecuencia, en este escrito se analiza la violencia de grupos del crimen organizado como otra cara de la violencia que supone la sobreexplotación de niñas y niños migrantes como trabajadores agrícolas, leída desde la óptica de la expropiación de los saberes socialmente productivos (Puigross y Gagliano, 2004). Objetivados únicamente como fuerza de trabajo de corta duración,<sup>2</sup> se ven nulificados de su despliegue humano. Poseen saberes que los modifican como sujetos y que les enseñan a transformar la naturaleza y la cultura, crean tejido social (Ayuso, 2006) pero son útiles sólo en la medida en que son puestos al servicio del productor.

Tal como afirma Rita Segato, no podemos comprender la violencia como dispersa, mediatizada, en algunos casos como esporádica (2013), más bien como violencia fundamental (Echeverría, 1998); que se expresa con nitidez cuando niñas y niños recrean con entusiasmo sus saberes respecto de los cultivos del campo; saberes que han adquirido en la práctica misma y por medio del acompañamiento de sus padres, pero que son útiles sólo como productores de valor.

El artículo está dividido en dos partes: en la primera se analiza<sup>3</sup> la condición de la violencia-muerte desde la condición de los enfrentamientos del crimen organizado en la localidad de Yurécuaro y por las condiciones de vida de las familias de trabajadores jornaleros y migrantes; en la segunda, se expone la violencia-expropiación de saberes socialmente producidos a niñas y niños como jornaleros agrícolas.

Ambos fenómenos (violencia del crimen organizado y expropiación como violencia) son vistos como cadena o red de violencia (Echeverría, 1998). Observarlos de este modo resulta importante toda vez que el incremento de la violencia proveniente de los grupos del crimen organizado, la respuesta del estado –generadora de mayor violencia– y las formas en que se manifiestan desde el imaginario social, parecen obnubilar nuestra mirada respecto de lo que es o no violencia y, por ende, hacia donde habrá de focalizarse

<sup>2</sup> De acuerdo con Reyes (2002), en Sinaloa el diagnóstico de salud para los jornaleros migrantes indica que su esperanza de vida es de 50 años mientras que la media nacional es de 70.

<sup>3</sup> Para el desarrollo del análisis, primero se exponen datos etnográficos recogidos durante las estancias en campo en distintos momentos en que se trabajaron los proyectos de investigación.

el esfuerzo y la lucha para detenerla. La sobreexplotación de los jornaleros migrantes y sus familias es vista de manera común como pobreza, precariedad y exclusión, escasamente como violencia.

La información que constituye la primera parte del escrito es producto de conversaciones con familias migrantes en el marco de investigaciones de corte etnográfico; mientras que la información de la segunda parte la obtuve a partir de relatos, dibujos y un video elaborado por los propios niños y niñas en los que describen sus saberes del campo, obtenidos por la práctica en el trabajo agrícola, las enseñanzas de sus padres y hermanos mayores como de la observación, en los casos de aquellos que sólo acompañan a sus padres a los campos de cultivo.

### **VIOLENCIA, SOBREEXPLOTACIÓN Y FLEXIBILIDAD LABORAL**

Es media tarde de un día de septiembre de 2012, llegamos a una de las vecindades para realizar algunas entrevistas a una familia de Zamora, que como otras más, arriba a Yurécuaro para trabajar en las cosechas. Uno de los cuartos que en semanas pasadas estaba cerrado, está ahora ocupado por una cruz, velas y flores; un techo improvisado con plásticos. Afuera, tres niños pequeños alrededor de una mujer mayor sentada, quien al verme cerca del cuarto me inquiere con molestia: “¿cuándo me van a entregar el cuerpo de mi hijo? Ya tienen casi 20 días que se lo llevaron y sigo sin poder llevármelo, ¿Para qué lo quieren, para como quedó, que le van a hacer?”; me mira con dureza y espera la respuesta. Le contesto que me está confundiendo, que soy profesora y explico mi presencia en la vecindad; me escucha, muestra comprensión y entonces me dice:

[...] pensé que venía de la presidencia y era gente del gobierno, es que se llevaron el cuerpo de mi hijo, era uno de los que encontraron muerto en un coche quemado allá por el canal, estaba muy maltratado y ya tienen muchos días que se lo llevaron, me dijeron que a La Piedad, pero no me lo han regresado; mire ya le rezamos y le puse sus flores y velas en su cuarto, pero ya quiero que me lo den, para poder llevarlo a mi pueblo, somos de por allá de Zamora y ya no tengo nada que hacer aquí.

Me acerco y afirmo más que preguntar: “por eso son las flores que están adentro”; me contesta que sí y agrega:

[...] hace ya casi 20 días que pasó, hasta salió en los periódicos ¿no te enteraste? Salió de aquí como a las nueve de la noche y dicen que ya para las doce de la noche, el coche

en el que se fue con tres amigos, estaba quemándose; nadie sabe porqué fue, apenas tenían tres días de haber llegado de Guanajuato a donde fue por su mujer que recién había parido un muchachito, de apenas dos meses. Se vino para acá porque siempre encuentra trabajo en el jitomate y ya ve lo que le pasó y ni los de la presidencia, ni los del ministerio de La Piedad me explican porqué y ahora ni el cuerpo me dan para enterrarlo.

Me siento a su lado y en silencio observamos a los niños que están con ella y continua hablándome ahora de la edad de su hijo, de los lugares a los que solía ir a trabajar siguiendo un itinerario que se repite en otros casos de trabajadores jornaleros, de cómo conoció a su mujer —quien había decidido regresar a su pueblo, a Guanajuato en tanto no encontró razones para quedarse en Yurécuaro—; para ella misma como madre tampoco había razones para quedarse ahí y lamentaba que no podría ver crecer a su nieto. Pasamos después a platicar de sus otros nietos y de sus ocupaciones.

En esta misma vecindad un par de adolescentes nos han platicado de la prohibición de salir después de las nueve de la noche de sus cuartos. Si los ven en la calle, los golpearán, uno de ellos ya ha tenido la experiencia y noches atrás logró correr a tiempo evitando nuevamente ser golpeado.

Un año después, el 28 de octubre, uno de los trabajadores junto con su hijo —originarios de un pueblo cercano a Tlapa, Guerrero— de aproximadamente 20 años, salen a una hora temprana por leña; la recolección de leña normalmente la hacen en las cercanías de Yurécuaro y suele llevarles poco tiempo. Al cabo de un rato le llaman a su teléfono y contestan que están yendo a un cerro que al parecer está ubicado en Tanhuato. Pasan dos horas sin que regresen, y ya no contestan el teléfono; horas más tarde, tres familiares deciden ir a buscarlos y tampoco regresen. Cuando llega la noche sin que ninguno regrese y perdida la comunicación con ellos, otros familiares entre los que se encuentran la esposa, hermana y cuñado acuden a la presidencia a pedir ayuda para localizarlos. La respuesta es que deben esperar un tiempo para comenzar a buscarlos; en la presidencia de Tanhuato les dicen lo mismo.

Al día siguiente, a una hora temprana, alguien les dice que han encontrado unos cuerpos hacia la carretera a La Piedad y junto con personal del Ministerio Público de Tanhuato, soldados y policía federal se dirigen hacia allá. Encuentran a los cinco miembros de esta familia, muertos, atados de manos y pies. Reciben apoyos del gobierno de los estados de Guerrero y Michoacán para trasladar los cuerpos y enterrarlos en su lugar de origen.

Esta numerosa familia indígena<sup>4</sup> (conformada por tres hermanos, sus esposas e hijos) llega a Yurécuaro todos los años de julio a diciembre para emplearse como jornaleros en la cosecha de jitomate y salvo los pequeños, todos sus miembros trabajan. Su trayecto migratorio además de Yurécuaro, incluye Zacatecas, Sinaloa, Nayarit y ocasionalmente el Valle del Mezquital en Hidalgo, para la cosecha de ejote. Los varones adultos también han pasado algunas temporadas en Estados Unidos, trabajando en el campo, pero la mayoría de las veces en la construcción y en comercios. Tanto por estas estancias como porque casi todos los integrantes de la familia trabajan, han logrado comprar camionetas, lo que les permitió a los dos hermanos (que fueron asesinados) como al esposo de la hermana, ascender de cortadores a cuadrilleros y registrar cierta mejoría en los ingresos que obtienen.

Son los primeros meses de 2014. En el albergue construido por la Secretaría de Desarrollo Social Federal como parte del programa de asistencia para los trabajadores jornaleros migrantes y sus familias, una niña de apenas seis años, al realizar el acarreo del agua de la cisterna común cae en ésta, sin que nadie la auxilie y se ahoga; es hija de una familia de trabajadores migrantes que pasa mayor tiempo en Yurécuaro y que usa uno de los cuartos como vivienda. Esta pequeña al igual que muchas otras no es llevada a trabajar a los campos de cultivo porque se queda al cuidado de los más pequeños y, además de ocuparse de ellos, debe almacenar el agua que su madre empleará a su regreso de la jornada para lavar la ropa, los trastos y bañarse. Eventualmente, estas niñas también cocinan y lavan ropa; su contribución en estas actividades facilita el trabajo de los padres y favorece la organización familiar.

A raíz de este incidente, visitantes de derechos humanos llegan al albergue; coincidimos con ellos en agosto y nos comentan que en el albergue se están registrando múltiples violaciones a los derechos, comentario que viniendo de ellos, resulta intrascendente y no por su falta de realidad.

<sup>4</sup> La relación con esta familia comenzó a pocos meses del desarrollo de la investigación a partir de las entrevistas propias del trabajo de campo, pero más por las charlas y convivencia en numerosas tardes en que compartieron su comida conmigo; después de su jornada de trabajo, como en casi todos los casos de las familias jornaleras, llegan a los lugares que rentan a cocinar, lavar ropa; las mujeres de esta familia, además, tejen sombreros de palma, elaboran collares, aretes y pulseras con chaquiras. Su solidaridad y capacidad organizativa al interior de su grupo familiar les permitía mantener cierta estabilidad económica. En las charlas con el hermano mayor que hacía el rol de jefe de familia, era patente su dignificación como trabajadores e indígenas, su desacuerdo con el paternalismo clientelar del gobierno y su aprecio por el campo.

En las últimas visitas al albergue de Yurécuaro ya no se observan los visitantes, pero se registra otro incidente: esta vez la muerte de un recién nacido, cuya madre es originaria de otro pueblo cercano a Tlapa; tenía pocas semanas de haber llegado a trabajar, no alcanzó a llegar a un centro de salud y parió en las instalaciones del albergue. Ella, como su esposo y el resto de la familia también llegan al Valle en la conocida temporada alta, que se registra entre agosto y diciembre para la cosecha de jitomate. Se traslada a otro campo si el trabajo ha sido poco o regresa a su pueblo para pasar el resto del año, viviendo de los magros ahorros que logró en esta temporada.

Como se observa, los casos aquí descritos son resultado de una:

[...] violencia fundamental, aquella en la que se apagan todas las otras –heredadas, reactivadas o inventadas–, es la que resuelve día a día la contradicción que hay entre la coherencia “natural” del mundo de la vida: la “lógica” del valor de uso, y la coherencia capitalista del mismo: la “lógica” de la valorización del valor (Echeverría, 1998:379).

Cuya forma y expresión padecen sistemáticamente los trabajadores del campo que salen de sus pueblos para emplearse como jornaleros agrícolas en alguno de los numerosos campos de cultivo agroindustriales que se han masificado en el país y cuyas condiciones tanto laborales como salariales no se sujetan a ninguna de las regulaciones establecidas por el Estado mexicano.

El establecimiento de estas zonas productoras especialmente a partir de la década de 1990, ha sido posible gracias a las transformaciones técnicas operadas en los procesos productivos de bienes agrícolas con alta demanda en el mercado nacional y en algunos casos, internacional. Su efecto no ha sido sólo en los cambios en el tipo de cultivo, uso indiscriminado del agua e incremento de la rentabilidad de ciertas extensiones de tierra, también es posible observarlo en las nuevas ocupaciones que demandan un cierto nivel de especialización, por ejemplo, cortadores, canasteros, cuadrilleros, fumigadores, entre otros en el corte de jitomate. Empleos ocupados por familias provenientes de otros estados o bien del mismo, pero con un factor común: pobres, marginales y, en un porcentaje importante, indígenas.

De acuerdo con Arroyo (2011) en la década de 1990 se observa un significativo aumento de la población indígena en estos mercados laborales, “puesto que para 1994, 35.30% del total de jornaleros captados en la encuesta, eran indígenas; proporción que se eleva hasta 40.48% en 1998”. El mismo autor señala que, en función de los datos proporcionados por la encuesta:

[también] se observa un fuerte incremento de los municipios de donde sale la población jornalera, pues en 1994 ésta provenía de 672 municipios y para 1998 el número se

eleva a 929. Este crecimiento se presenta con mayor fuerza en las zonas indígenas, dado el deterioro permanente de sus economías campesinas, lo que lleva al incremento de los procesos migratorios y convierte a estas regiones en verdaderas reservas de fuerza de trabajo (Arroyo, 2001).

A este proceso, diversos autores lo han identificado como parte constitutiva del modelo de producción agrario para la exportación; que privilegia la agricultura intensiva en zonas determinadas del país, con cultivos específicos como hortalizas, frutas y flores y cuyo éxito fue factible a partir de la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC) y del establecimiento de las políticas neoliberales (Lara, 2006 y 2011; Rojas, 2013); y que se sostiene a partir del empleo de mano de obra que cubre excesivas jornadas de trabajo; recibe bajos salarios y vive en condiciones precarias tanto por su alimentación, vivienda, salud y recreación.

Lo que sólo puede ser denominado como sobreexplotación (Limón, 2004) en la medida en que, además de producir valor, su fuerza de trabajo es pagada por debajo de su valor, lo que tiene como consecuencia que su salario no sea el suficiente para el sostenimiento en condiciones adecuadas de sí mismos y de los miembros de su familia. En términos llanos, su pago como mano de obra no posibilita su adecuada reproducción.

Este hecho tiene, por un lado, las ventajas positivas para los productores de estos proyectos agroempresariales, quienes ven incrementadas sus ganancias, aumentando su fondo de acumulación, convirtiendo el fondo de consumo de sus trabajadores en fondo productivo; por otro, la precarización de las condiciones de vida de la población jornalera migrante y una reproducción estructural de la pobreza. Es posible por tanto, identificar este elemento común en las distintas investigaciones que se realizan sobre la vida de estos trabajadores en los campos de cultivo. Los datos empíricos que se aportan en torno a cómo transcurre su vida, no hacen más que mostrar la violencia sobre la que se asienta el capitalismo agrario en nuestro país y cuyos efectos cobraron la vida de la niña y el recién nacido de los casos aquí citados.

Está presente también en el capitalismo contemporáneo esa otra violencia, de la que han sido víctimas los dos primeros casos descritos, en tanto que la explicación atribuible a sus muertes fueron las confrontaciones entre grupos antagónicos del narcotráfico en la región, y que Magdalena Galindo (2006) ha denominado capitalismo criminal. De acuerdo con la misma autora, no se circunscribe sólo a la producción y comercialización de drogas de origen natural y sintéticas, sino que se ha diversificado a otras actividades como el secuestro, la extorsión, la comercialización de mujeres, niñas y niños con fines de explotación sexual; negocios que también fueron favorecidos por la globalización, al constituirse redes criminales transnacionales.



Así, Michoacán con sus campos de cultivo y crimen organizado, resulta paradigmático por la forma en que opera el capitalismo, por un lado el agrario moderno legalmente establecido y, por el otro, el del crimen organizado cuyas prácticas son generadoras de violencia y su entrecruzamiento es de tal magnitud, que las segundas han servido para ocultar en el imaginario de la población, la violencia del primero.

Son motivo de alarma los presuntos enfrentamientos entre grupos distintos del narcotráfico, que además consolidan el miedo; pasan inadvertidas el hambre, la desnutrición, los bajos salarios y las precarias condiciones educativas de los trabajadores y familias migrantes, pero ambas son violentas realidades de una “cadena o red, todo un tejido de situaciones de violencia virtual que gravita por dentro y recorre el conjunto del cuerpo social imponiendo en la vida cotidiana una ascesis productivista” (Echeverría, 1998:380).

Desde este contexto analizo cómo la expropiación de los saberes socialmente productivos de las niñas y niños jornaleros migrantes, constituyen también un eslabón en la cadena de violencia.

#### **EXPROPIACIÓN DE SABERES SOCIALMENTE PRODUCTIVOS DE NIÑAS Y NIÑOS, JORNALEROS MIGRANTES**

De acuerdo con la Encuesta de Jornaleros Agrícolas elaborada en el 2009, en México hay 2 040 414 jornaleros agrícolas, cerca del 40% pertenece a una comunidad indígena; de éstos, 727 000 son niños y adolescentes que trabajan con algún tipo de remuneración. Tres de cuatro no cuentan con seguridad social ni prestaciones de ningún tipo. Las condiciones en que viven y trabajan son precarias; la nula mejoría de estas condiciones se constata en estudios recientes. Laboran entre diez y doce horas, seis días a la semana y en temporadas de mayor demanda, también los domingos; viven junto con sus familias en albergues o bien en vecindades que cuentan con los servicios elementales, su alimentación es deficiente e impacta su desarrollo físico e intelectual (Sedesol, 2009); sus niveles educativos son bajos: uno de cada dos niños es analfabeta (Unicef/Sedesol, 2006).

Es un hecho que no se cuenta con certeza respecto del número de niñas y niños que trabajan y evidentemente tiene que ver con la negativa del Estado por asumir los vacíos para evitarlo, que ha permitido en la regulación laboral. Salinas Álvarez sostiene que hay una invisibilización deliberada respecto de los jornaleros que se sustenta en la omisión de estadísticas oficiales, así como un ocultamiento del trabajo infantil. Plantea como argumentos legitimadores de la explotación infantil: *a)* que los empleadores trasladan la responsabilidad de la contratación a los padres, en tanto éstos son quienes la exigen por corresponder así a sus usos y costumbres; *b)* se les escatima su calidad de sujetos

productores de riqueza y se les reduce a sujetos de asistencia; c) la pobreza en sus lugares de origen (Salinas, 2012).

Si bien es cierto que operan como dispositivos legitimadores de la explotación, también es un hecho que las familias jornaleras mantienen con sus hijas e hijos una relación formativa alrededor del trabajo campesino. La valoración que otorgan al trabajo en el campo y a los saberes que se adquieren a partir de su experiencia práctica es muy importante, no sólo en términos de la sobrevivencia económica, también de la producción simbólica e identitaria como miembros de una comunidad que se mantiene en condiciones de migración. Son los lazos comunitarios y de solidaridad los que se identifican como un elemento que favorece la migración y que permite en el caso de los jornaleros, obtener ciertas ventajas de los lugares a donde llegan.

Gracias a ellos, identifican aquellos espacios laborales que les pueden otorgar mejores condiciones salariales y vivienda más adecuada a sus necesidades. En el caso de las familias jornaleras en Yurécuaro, especialmente aquellas que provienen de Oaxaca y Guerrero, suelen rentar cuartos en las mismas vecindades logrando que la ocupación de éstas sean sólo por familias del mismo pueblo, compartiendo no sólo el espacio sino también las labores domésticas, la convivencia y cuidado de niñas y niños.

Desde la perspectiva de niñas y niños,<sup>5</sup> los saberes y habilidades que poseen en relación con el cultivo y cuidado de los productos del campo así como de las labores domésticas resultan muy importantes, más por la oportunidad de participación en el núcleo familiar y la socialización que logran en espacios adultos, que por la retribución económica.

En los relatos de un par de niños de entre diez y once años, que tienen una historia de escolarización complicada<sup>6</sup> se manifestaron contentos y orgullosos pues justo en esos días su habilidad y rapidez en el corte de chile los había hecho acreedores a que se les asignara su propio surco en el campo. La asignación de esta responsabilidad significaba un reconocimiento a sus saberes, cosa que no ocurría en la escuela y en los lugares de juego de la misma localidad; espacios de los que no reciben reconocimiento de ningún

<sup>5</sup> Una parte importante de estos relatos tiene que ver con el tiempo que pasan en los campos de cultivo, particularmente con lo que hacen; en el caso de un grupo de niños quienes trabajan de forma esporádica, más bien centraron sus relatos a partir de lo que saben respecto del cultivo de jitomate y chile, de los cuidados que ambos requieren, la importancia de conocer cómo se cosecha y de la habilidad para el corte de estos productos.

<sup>6</sup> Han asistido a la escuela en los ciclos agrícolas escolares del Programa de Educación Básica para niñas y niños migrantes PRONIM (Sedesol-SEP) pero no saben leer ni escribir; su poco dominio del español ha convertido esta asistencia en una experiencia negativa.

tipo, antes bien son vistos como población necesaria por su aportación a un trabajo que los miembros de la comunidad de Yurécuaro rechazan.

Respecto de los niños cuya asistencia a los campos es ocasional, el relato de cómo cultivar el jitomate fue causa de un intercambio de saberes y en medio del juego y la broma,<sup>7</sup> validarse y reconocerse por lo que saben y el modo en que han mostrado sus habilidades; el pago y su aportación al fondo familiar los posicionó en un estatus de responsabilidad.

De ahí que es factible observarlos como saberes socialmente productivos en la medida en que modifican a los sujetos enseñándoles a transformar la naturaleza y la cultura, a la vez que crean tejido social. Son base de una producción material y simbólica. Permiten también la conformación de estructuras cognitivas a partir de la cual se fundan conocimientos (Puigross, 2004; Ayuso, 2006) que, en el caso de niñas y niños jornaleros, les serán útiles para su inserción productiva –y no como mero productivismo capitalista– sino en la totalidad de su vida social.

Son estos saberes los que son expropiados por los empleadores y que teniendo en su origen una intencionalidad humana y comunitaria, adquieren utilidad sólo como productores de valor. Conlleva también una redefinición de la identidad, no decidida en la colectividad, más bien impuesta por las circunstancias de la desposesión y situada en un plano de realización territorial-material ajeno, orientada por un sentido mercantil.

La circunstancia de que estos saberes sean efectivizados para la producción de valor y no como valores de uso y de reproducción humana, como creadores de una riqueza que les será ajena, es en la que radica la expropiación y violencia por parte de los empleadores y es también “expresión de la violencia represiva elemental que no permite que lo que en los objetos del mundo hay de creación por un lado, y de promesa de disfrute, por otro, se realice efectivamente, sino es como soporte o pretexto de la valorización del valor” (Echeverría, 1998).

A las familias migrantes e indígenas por tanto, no sólo se les ha desposeído de sus territorios –si bien pueden ser propietarios– al verse obligados a abandonarlos por no poder subsistir de lo que producen en ellos mismos, gracias a un mercado que los ha dejado fuera de la realización mercantil, también de los saberes que poseen y que muestran su utilidad justamente en la producción agrícola para el mercado sólo como valor de cambio, pero que se les escatima como valores de uso y constituyentes de su

<sup>7</sup> Cinco niños decidieron que “querían hablar frente a la cámara” y comentarles a otros niños lo que saben e invitarles a que se hicieran amigos.

riqueza humana a la vez que mina su resistencia comunitaria; siendo éste un proceso que se pone en curso desde la infancia.

### CONSIDERACIONES FINALES

En diciembre de 2015 el secretario de Desarrollo Social durmió en el albergue para migrantes en Yurécuaro como respuesta a la recomendación de la Comisión de Derechos Humanos por la muerte de la niña; las fotografías de la nota periodística lo muestran sentado frente a una mesa con manteles y junto a algunos niños, cenando tamales. En su discurso indica que el Estado reconoce que tiene una deuda con los trabajadores migrantes y las inversiones que anuncia como parte del mejoramiento del albergue, las sitúa como parte del compromiso del gobierno federal con los derechos humanos.

Durante el 2014 fueron suspendidos los alimentos para niñas y niños en el albergue y los pagos de los maestros del PRONIM; hoy este programa ya no existe, el servicio educativo se proporcionará a niñas y niños migrantes como parte del Programa de Inclusión y Equidad Educativa (PIEE) de la SEP, que es además uno de los ejes de la reforma educativa y el que registró mayor recorte presupuestal. Por lo demás las condiciones de vida en el albergue y de trabajo en los campos de cultivo, no tuvieron cambios.

De igual forma, los bloqueos, enfrentamientos entre grupos armados y la organización de grupos de autodefensa en Michoacán generaron daños a los productores sobre todo de Tierra Caliente, quienes solicitaron apoyos del Estado. Las condiciones de los jornaleros y sus familias también se vieron afectadas negativamente; no se contemplaron apoyos para ellos.

Las grandes movilizaciones de los jornaleros en San Quintín, obligaron al Estado a escucharlos y asumir compromisos que en el discurso mejorarían las condiciones de los trabajadores y sus familias. Es probable que muchas de esas familias tengan dentro de su circuito de trabajo Yurécuaro. Las condiciones de vida de los jornaleros del país hasta ahora no han mejorado.

En distintos estados, la población se organiza para detener la masacre, la expropiación de sus recursos, saberes y de la vida pero su camino parece aún largo.

Como señala Sánchez Vázquez (1998), la permanencia histórica de la violencia adquiere una presencia avasallante al servir a las relaciones de dominación y explotación, como a los intentos de liberarse de ella, pero también “haciendo crecer sorda y calladamente el árbol del sufrimiento en la vida cotidiana”; de ahí que la desestructuración de la violencia implica tomar postura desde la vida doméstica y cotidiana, revalorando las relaciones verdaderamente humanas, no cosificadas; hasta las formas

de lucha y organización de los distintos actores y movimientos sociales, que recupere el protagonismo político de los sujetos —niños y niñas incluidos—, los saberes productivos y experiencias diversas que poseen y que han constituido valiosos elementos de cohesión social. No son los otros los que son asesinados y explotados, es el nosotros lo que está en juego. La utopía de la paz no se puede construir sobre los muertos sin justicia y la sobreexplotación de niñas y niños.

## BIBLIOGRAFÍA

- Arroyo Sepúlveda, Ramiro (2001). “Los excluidos sociales del campo”, *Estudios Agrarios*, año 7, núm. 17, nueva época, México: Secretaría de la Reforma Agraria.
- Ayuso, María L. (2006). “Genealogía de una categoría: los saberes socialmente productivos (SSP)”, *Educacao Unisinos*, vol. 10, núm. 2, Brasil: Universidade do Vale do Rio dos Sinos, pp. 91-101.
- Echeverría, Bolívar (1998). “Violencia y Modernidad”, en Adolfo Sánchez Vázquez (ed.), *El mundo de la violencia*. México: UNAM/Fondo de Cultura Económica, pp. 365-382.
- Galindo, Magdalena (2005). “El capitalismo criminal, fase superior del imperialismo”, *Mundo Siglo XXI*, vol. 1, núm. 2, México: Ciecás-IPN, pp. 45-49.
- Lara Flores, Sara M. (2011). *Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva*. México: El Colegio Mexiquense.
- (2006). “La incorporación de niños al mercado de trabajo rural en regiones hortícolas de México”, Memoria del Foro Internacional *Dignidad sin pérdida, estrategias educativas y sociales para la niñez jornalera agrícola migrante*. México: UNICEF/OEI/CGEIB/FOMEIM.
- López Limón, MG. y Federico García Estrada (2010). “El ejército infantil de reserva del capital ¿por qué y cómo abolir el trabajo infantil”, *Revista Latinoamericana de Derecho Social* [<http://biblio.juridicas.unam.mx/revista/pdf/DerechoSocial/10/art/art4.>], fecha de consulta: 24 de mayo de 2012.
- Puiggróss, Adriana y Rafael Gagliano (dirs.) (2004). *La fábrica del conocimiento: los saberes socialmente productivos en América Latina*. Argentina: Homo Sapiens/APPEAL, pp. 235.
- Reyes de la Cruz, Virginia G. (2002). “La niñez jornalera de la Mixteca Oaxaqueña”, Memorias del Foro *Invisibilidad y conciencia: migración interna de niñas y niños jornaleros agrícolas en México*, Programa de Investigación sobre Infancia. México: UAM-Xochimilco.
- Rojas Rangel, Teresa (2013). *Migración y exclusión social de los trabajadores del campo en México*. México: Universidad Pedagógica Nacional [<http://www.educa.upn.mx/hecho-en-casa/num-11/152-migracion-y-exclusion-social-de-los-trabajadores-del-campo-en-mexico>], fecha de consulta: 4 de noviembre de 2013.
- Salinas Álvarez, S. (2012). “Jornaleros agrícolas: invisibilización deliberada”, *La Jornada del Campo*, 17 de marzo, núm. 54. México: UNAM.

Sánchez Vázquez, Adolfo (ed.) (1998). *El mundo de la violencia*. México: UNAM/ Fondo de Cultura Económica.

Sedesol (2009). *Encuesta Nacional de Jornaleros Agrícolas*, México.

Sedesol-Unicef (2006), *Diagnóstico sobre la condición social de las niñas y niños migrantes internos, hijos de jornaleros agrícolas*, México.

Segato, Laura R. (2013). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Buenos Aires: Tinta Limón.